

Hemisferio sur, fines de setiembre

Félix Acosta Fitipaldi

Hemisferio sur fines de setiembre



Félix Acosta Fitipaldi

Capítulo 1

El pueblo es gris, sin colores, imagen sepia adosada a un viejo mapa.

El pueblo es un segundo dilatándose en la eternidad, carece de aromas y se presenta estático. Aunque parece inmóvil no lo está, nubes perezosas y sombrías se deslizan sobre el mar para besar al horizonte.

Inclusive, al aguzar la vista percibimos que la pequeña bahía aun tiembla de frío. Allá lejos, un ave oscura de paciencia extraordinaria planea contra el firmamento ceniza.

Más acá, despuntando sobre una azotea vecina, la forma de gallo de una veleta oxidada y quejumbrosa, ladeándose sobre el techo parece buscar su buena siesta.

El pueblo es silencioso, vacío de emociones, sordo e indiferente. A no ser ajados recuerdos ninguna otra cosa -acaso lágrimas- deberían verse en semejante sitio.

Casas de madera despintada atiborran de vejez un puñado de calles heridas por rasguños de pasto seco. Así está y así ha permanecido el caserío durante los largos meses invernales.

De visitarlo buscando gloria la adversidad tendría piedad de su apatía. De llegar desprevenidos, hasta los inocentes clamarían por una innecesaria redención.

De pronto, desentonando con el entorno, rompe la imagen de quietud y silencio un brillante automóvil. Sin embargo parece no poder evitar caer prisionero de la mustia densidad, pues de pronto y como rendido, se detiene.

Podría advertirse que, detrás de la ventana de la primera casa de la acera de enfrente ante la cual se detuvo el coche, se ha movido levemente una cortina.

Mientras tanto abajo, en el porche de la misma vivienda, un manso perro negro permanece tendido ante su puerta.

La serenidad se agita, al parecer una brisa cálida se derrama desde el norte. Al mismo tiempo, del vehículo desciende una figura femenina y llena de luminosidad la imagen.

La tenue brisa esparce su aroma por la calle desierta poniendo en alerta al

perro, antes inmóvil.

La presencia de la mujer aporta una calidez que no concierne con la escena, menos aún que el automóvil. Una pizca de color velado cubre a la mujer aislándola del resto, es un suspiro que refulge en un bastidor ceniza.

Al tomar su bolso tal vez haya mirado un instante y de reojo aquella ventana de la casa de enfrente. Es difícil saberlo pues de inmediato camina sin apuro hacia su vivienda.

Cae una hoja del árbol del jardín y al rozar a la mujer, antes de adherirse al césped húmedo, improvisa un destello donde relucen dorados recuerdos. La ausencia de aquella hoja en la rama, allí arriba, evidencia el desperezo de un minúsculo retoño casi transparente.

Primero con cierto desconcierto, luego con ánimo, el perro negro cruza la calzada. Su desplazamiento se detiene ante la mujer, quien acaricia su cabeza azabache y la amarrona.

El pelo del animal adquiere el brillo necesario para disimular su languidez mientras su cola, alborozada, abanica restablecido afecto. Entonces los jadeos del perro y su refunfuño amistoso destronan al silencio.

Sin saberlo han inaugurado los indicios, otros seguirán, hasta que lo yerto cobre vida nuevamente, lo opaco se bañe de esplendor y el silencio sucumba ante la algarabía de los turistas.

Quizás la mujer haya hecho lo imposible por evitar que sus ojos sobrevuelen la ventana aquella delatando su inquietud. Quizá no. Se vislumbra un deseo por que haya sido así y un temor por si acaso fue no.

Ella, junto al perro, son apenas dos figuras sutilmente coloridas y armoniosas que contrastan con el ámbito plomizo de la calle, las aceras, acaso lo ánimos que aun duermen de invierno.

El hombre de la ventana no alcanza a percibir si ella miró hacia allí un segundo, pero lo dicho, él cree que no quisiera que sí, y de todos modos la esencia de aromas perdidos y vestigios rebosantes de azahar y de hembra parecen invadirlo.

Sus ojos, como hipnotizados, siguen el trayecto de la mujer y observan aquellas manos tiernas que al asir el picaporte colorean la puerta. Cuando ella se esfuma en el interior, liberado del hechizo, suspira.

Volviendo a la realidad de su habitación el hombre siente que todo se enciende de colores, novedosos si no estaban, renovados si fueron ajados

por el tiempo.

Recobran aire sus pulmones al respiro profundo y el vacío de sus manos se atiborra de esperanzas torneadas, tibias, blandas, dulces, agitadas...

Finalmente, después de muchos meses, el pueblo recobrará belleza, algarabía sus calles, sonrisas las arenas blancas de sus playas, la existencia sentido... y hasta es posible que los sueños del hombre lo lleven a escribir nuevos poemas.